Acosta Ñu

Camila Baez

Capítulo 1

Acosta Ñu

La guerra significó un golpe para correntinos y paraguayos, quienes habían vivido de forma pacífica desde hacía muchos años, y ahora se encontraban enfrentados en nombre de la democracia y la libertad. A este golpe tan duro, se le sumó la pérdida de sus dos hijos a Mariana, y no porque hayan muerto sino que ambos, fervientes patriotas, se vieron impulsados por la voz del gran Mariscal para ir a luchar con quienes antes representaban sus amigos: en 1865 la mujer menuda y curtida por el sol se había despedido de sus hijos.

Sin embargo, no pasó más de un año cuando nuestra mujer tuvo que tomar algunas pilchas y embarcarse en las campañas puesto que los aliados, motivados por la retirada de la provincia correntina y otras victorias más, se habían preparado para pasar hacia el Paraguay. *Preparáte, cha'miga*>> le había dicho su vecina *si pierden nuestros soldados nos vamo' a tener que ir*>>. Y sí, si su pueblito estaba ahí no más. Claro que ella le tenía fe a los soldados paraguayos: mientras que a ellos los movía el amor y la lealtad a su patria, a su pueblos y al Mariscal López, a los soldados aliados los movía la soga que tenían atada al cuello por la gracia de Pedro II, el tirano, y sus dos subordinados, Flores y Mitre. Aun así, eran más, sabía que la guerra iba a costar muchas vidas y que iban a llegar a su tierra.

Cuando se enteró de que los aliados habían atravesado el Paraná en 1866 y venían con todo contra el Mariscal, guardó su ropita y se encaminó hacia las tropas que pasaba por ahí convirtiéndose en una *residenta*. Estaba vieja, sí, pero todavía podía trabajar la tierra y ayudar a las otras, después de todo, su patria la necesitaba.

Al principio se sintió desorientada y un poco perdida, pero poco a poco se fue acoplando al movimiento ajetreado de la guerra, incluso llegó a sentirlo rutinario ¿o sería desgastante?

--Y ya pasó dos años—se dijo Mariana una noche mientras rebuscaba entre las sobras de los soldados, puesto que la comida era escasa incluso siendo parte del ejército.

Claro que las mujeres se sacrificaban por el bien de ellos. Solían tolerar el hambre varios días en pos de que los soldados (hijos, esposos y otros parientes de estas) tuvieran qué comer y así poder recuperar algo de fuerzas. Este mismo escás de comida hizo que las mujeres tuvieran que ir a sembrar en esa tierra en la que apenas crecía algo o ir al bosque para ver si encontraban algo. También le tocaba este trabajo a las traidoras

que, junto a su familia, intentaron tranzar con los aliados.

Mariana había visto trabajar la tierra a una destinada, nombre con que se conocía a dichas traidoras, junto con su hijita, la cual no tendría más de seis años. Las dos se encontraban en un estado deplorable, con sus vestidos sucios y sus pieles pegadas a los huesos. Esta situación conmovió por algún motivo a la vieja y se acercó con el poco pan que tenía. La mujer la miró entre asustada y asombrada por el gesto, y vaciló unos segundos antes de agarrar el pan que luego entregaría a su hijita.

--¿A usted también la acusaron de traicionar al Mariscal?—preguntó la mujer de la nada.

--No, mi'ja. Yo soy una de esas residentas. Me sumé al ejército cuando los aliados pasaron pa'estos lados—responde.

--Disculpe que se lo haya preguntado así de la nada, es que nadie se compadece de aquellas que llevamos el título de "destinada", y usted, en cambio, se compadece de hija y de mí…

--La gurisa tiene sueño—dijo la mujer cortando el tema—venga conmigo, acá cerquita hay un lugar seguro pa´ dormir.

Esa misma noche esa destinada dejaría de respirar. Todas las mujeres allí presente sabían que si no te mataba algún soldado, te mataba alguna bicha de esas que había en el bosque o el hambre. Sí, el hambre era moneda corriente: en la tierra casi nada crecía y cuando lo hacía tenían que irse porque les estaban pisando pies.

La vieja tomó rápidamente la misión de cuidar a la gurisa, de lo contrario cualquier cosa le podría pasar en estos lugares. Por su parte, la niña se volvió más ensimismada, como si la muerte de su madre se hubiera llevado consigo su pequeña alma. Mariana igualmente se encargaba que comiera aunque sea sobras y no trabajara mucho, mientras que ella adoptaba más tareas que pudiesen favorecer que les dieran algo de comida. Por entonces, en 1868, la mujer decidió ayudar a las otras residentas que se encargaban de cuidar a los heridos. Quiera que no, algo más de comida encontrarían. Lo que le preocupaba a la mujer, o mejor dicho, a todos es que la guerra se prolongara más; todos los días había menos soldados, el hambre y algunas pestes azotaban a los regimientos, y el malestar llevaba a algunos a desertar. >, > decían los diarios de trincheras que todos los días se leían. Sin embargo, Mariana se había dado cuenta de que en realidad poco decían de la situación de la guerra, no ahondaban en detalles y sólo se encargaban de mancillar a los líderes opositores. Prueba de esto era la nota que publicó El Centinela un día antes de abandonar la fortaleza de Humaitá:

"Pedir que el Gran libertador abdique la Presidencia de la República, y se proscriba á Europa, es decirle al pueblo que maldiga sus sacrificios, al ejército que sepulte sus laureles y á la Nación que incline su orgullosa frente […] ¿Qué hará el pueblo sin el Mariscal López? El Paraguay sin el Mariscal López, sería presa del Brasil […], sería cuerpo sin cabeza, por eso el pueblo ha resulto correr con su querido Presidente la misma suerte que Dios le depare.

Además, resulta necesario recordar que nuestro pueblo lucha por la democracia y la libertad, mientras que el imbécil de Venancio Flores como el apóstata Bartolomé Mitre traicionaron a sus pueblos en pos de una guerra bajo las órdenes del titiritero Pedro II. Acusan a nuestro Mariscal de tirano ¿pero no son ellos quienes comercian con las necesidades de sus soldados, anotando en sus cuentas la ropa y la comida? ¿Acaso no son los soldados orientales y argentinos quienes ante tan mala situación se ven obligados a desertar?

Por eso os decimos a nuestros hombres y mujeres patriotas que luchen hasta vencer o morir. Y a nuestros hermanos argentinos y orientales, ¡despertad de vuestro sueño y únanse a nosotros!

Mariana guardó silencio mientras varios soldados y residentas vitoreaban. La cosa iba a terminar mal. Miró a la nena que estaba sentada sobre un tronco y notó que estaba más pálida y delgada. Con paso pesado se encaminó hacia las plantas que rondaban por ahí, quizá tuviera suerte y atrapara o encontrara algo.

Mientras buscaba entre los yuyos se preguntaba hasta dónde llegaría López y los otros tres, la comida era poca y los soldados no daban más ¿acaso no les importaban? Mariana sabía que caminarían hasta la zona del Chacho, donde el clima era más árido y más difícil para conseguir comida. Y la *guainita*, ayudaba sacando los yuyos de la tierra pero más no podía hacer, cada día estaba más débil y hasta los huesos de las carnes que comían empezaron a escasear.

Caminaron, caminaron y caminaron. Dejaron Humaitá, pasaron al Chaco, muriendo mujeres y niños en el camino, murieron algunos hombres, otros se fueron escapando, lucharon contra los argentinos y brasileños, ganaron y perdieron. Quizás el momento de declinación comenzó cuando en 1869 los aliados invadieron Paraguay, quizás desde que cruzaron el Paraná, ¿debieron firmar la paz ese 24 de diciembre de 1868?

Y los soldados caen, caen y caen>>pensó la vieja. Mariana poco pensaba en sus hijos, pero las veces que se podía dar el lujo de evocarlos se preguntaba si seguirían vivos, y si en el caso de que estuvieran vivos, si eventualmente pensarían en ella. Los extrañaba, dijo con el corazón, sus dos *gurisos*, ya hombres ¿Habrían comido?, ¿estarían en un lugar a salvo?, ¿Cómo sentirían ellos tener que enfrentarse a esos soldados?,

¿cómo sería ver morir a sus amigos?

Mariana se despertó entre el griterío de las mujeres y de varios niños, miró a la gurisa que se encontraba agazapada a su costado. La niña le susurró que hoy les tocaba a ellos luchar y que pronto vendrían a llevársela.

--¿a quienes?—preguntó.

--a nosotros: a los *gurises*, a las *gurisas*. Quizá te lleven, pero yo voy a decir que no puedes caminar—la niña la abrazó fuerte y luego agregó: --tú te escondes mientras yo digo que voy a luchar por el Mariscal.

Fue la última vez que vio a la gurisa. Nunca supo su nombre, no lo vio necesario. Pero sí llevaría por lo que quedaba de su vida el rostro de la guaina esa que se fue sin llorar a la guerra.